

El sueño de los rostros inexpresivos

Francisco de Santiago

El domingo pasado fui al puesto de periódicos. Buscaba una revista taurina. Al acercarme al lugar, vi decenas de revistas exhibidas y casi todos los periódicos que se editan en la capital. Pero en el maremágnum de imágenes multicolores, no distinguí la que me interesaba. Entonces, inquirí al voceador: Señor, ¿tiene la revista Matador? Pero no obtuve respuesta. Repetí la pregunta y el silencio imperó en el ambiente. Con toda calma y paciencia, repetí mi petición y miré la cara del vendedor. Sólo alcancé a percibir un ligero temblor en el inexpresivo rostro. Supuse que ese casi imperceptible movimiento de derecha a izquierda significaba un "no". Sorprendido por el hecho de que alguien dedicado a vender medios de comunicación hubiese renunciado a utilizar el habla para entenderse con sus clientes, me encaminé a otro puesto, y luego a otro y luego a otro. Invariablemente me topé con la misma mirada extraviada —nada que ver con una humana, pero tampoco con una animal—, el mismo rostro seco y duro, como si todos ellos hubiesen renunciado a vivir, a servir al prójimo, a referirse a la realidad. Estos seres, totalmente ausentes de siquiera un tibio soplo de cordialidad, ¿de que hablarán con sus hijos, con sus esposas (os)? —me dije— ¿Cómo se comunicarán consigo mismos? Tendrán alegrías, esperanzas, sueños, o tan sólo tristezas, decepciones y soledad? ●